



¿Quiénes de los interesados en ese crimen fueron realmente los asesinos?

Hay más en la novela: una Bogotá de los años cuarenta, que no es un simple escenario, sino un protagonista del drama. Los barrios Egipto, Ricaurte, Belén, Germania, Santa Teresita, el centro, sus calles, iglesias y cafés, su color y sabor. Una ciudad provinciana pero entrañable que aún no sabe que será parcialmente destruida.

EL INCENDIO Y EL HORROR

Si en *El crimen del siglo* Roa Sierra encarna lo popular sin populismos ni clichés, en *El incendio de abril* una multitud de voces (68) son convocadas para contarnos, en un lapso de 18 horas, cómo vivieron los acontecimientos desatados por el asesinato de Gaitán. El autor narra en primera persona sus versiones entrelazando testimonio y ficción. Son ellos —periodistas, obreros, estudiantes, comerciantes, maestros, políticos, militares, taxistas, desempleados, artistas— quienes de forma paulatina nos van guiando por el centro de la ciudad en un periplo de tiempo y espacio equilibrado, para ir descubriendo el horror, la muerte, el delirio de esa jornada funesta y ya inolvidable en la reconstrucción minuciosa de Miguel Torres. Hay un detallismo del que no quiere olvido, descuido de la memoria, borrón final. Padecemos el trayecto infernal, el anillo del infierno bogotano. No hay efectismo, pero sí crudeza. No hay amarillismo, sino desnudez del rostro de la violencia.

Una de sus víctimas, Ana Barbusse, es la protagonista de la segunda parte, que busca a su marido

Durante el Bogotazo, los niños de la calle eran enviados a incendiar los tranvías

pintor. A través de sus ojos vemos unos cuadros fúnebres que recuerdan al Goya más amargo y oscuro, o a ese abismo incendiado del infierno de Dante. El escritor elige este testimonio y nos invita a acompañarla por las calles del centro de Bogotá en su infructuoso y desesperado trayecto. Solo hay desolación, cadáveres, gestos agónicos. Esta otra violencia se ha desatado con un furor ciudadano sin antecedentes. El campo espera, pero hoy se ha mancillado la ciudad inmaculada: la

Es difícil encontrar una novela colombiana en donde estemos tan simbióticamente unidos a esta ciudad, a sus vejaciones

violencia ya no es solo remota, se ha tomado la ciudad. Se avecinan la tortura, el exterminio.

En la parte final, surge la voz de Santamaría, un burgués que, como otros, se esconde en el norte de la ciudad de la horda asesina del pueblo. En este tramo, el tono cambia: hay ironía y burla. Su temor, infundado o no, los hace ver risibles, ridículos.

El incendio de abril transformó la historia de este país y también el rostro del centro de la ciudad y su destino. En esta trilogía, nosotros somos también la ciudad y sus cicatrices, sus heridas abiertas. Es difícil encontrar una novela colombiana en que estemos tan simbióticamente unidos a esta ciudad y sus vejaciones. A nosotros, lectores de la novela, nos duele Bogotá porque forma parte de nuestro organismo.

FELIZ EN TIEMPOS MISERABLES

El incendio de abril culmina con buena parte de la ciudad en ruinas, y estas llenan el paisaje de la ficción y el dato. El hecho de que el escritor aparezca en la primera página como personaje marca un designio fantástico. Ese Miguel Torres que visita de nuevo el escenario del asesinato de Gaitán, a la misma hora del mediodía y muchos años después, se tropieza por "azar" con la hermosa Ana Barbusse, la protagonista de la segunda parte, queriendo expresar que el personaje de ficción no es menos real que su autor. Así, autor y criatura conversan. Ella le relata la búsqueda desesperada de su marido y el hallazgo entre las ruinas de Henry, un niño abandonado a quien adopta y que será personaje central en esta nueva novela.

La invención del pasado es un escenario habitado por fantasmas como Ana Barbusse; Francisco, el pintor; Henry, el niño salvado de las ruinas; una Bogotá semidestruida, y el tormento de la represión, los asesinatos y la tortura como caracterización política de la época.

El tiempo total de la novela va de las ruinas del 9 de abril de 1948 a las ruinas del holocausto del Palacio de Justicia, el 6 de noviembre de 1985. Entre un acontecimiento y otro, entre un